



La Santa Sede

VIAJE APOSTÓLICO A EXTREMO ORIENTE

ALOCUCIÓN DEL SANTO PADRE JUAN PABLO II AL CLERO Y A LOS RELIGIOSOS EN LA CATEDRAL DE TOKIO

Lunes 23 de febrero de 1981

Quiero dirigir ahora mis pensamientos a los religiosos que se afanan por llevar a cabo el alto ideal de seguir a Cristo más de cerca en castidad, pobreza y obediencia. Más tarde tendré también la oportunidad de dirigirme a las religiosas de Japón.

Queridos hermanos: Vuestra unión con Cristo, que comenzó en el bautismo y que ha sido fortalecida por medio de vuestra consagración religiosa, lleva consigo una especial unión con la Iglesia. Vosotros participáis más plenamente del misterio de su vida y estáis comprometidos más profundamente con su misión en el mundo. Consciente de esta dimensión eclesial de la vida religiosa, os repito lo que escribí en mi primera Encíclica: "El cometido fundamental de la Iglesia en todas las épocas, y particularmente en la nuestra, es dirigir la mirada del hombre, orientar la conciencia y la experiencia de toda la humanidad hacia el misterio de Cristo, ayudar a todos los hombres a tener familiaridad con la profundidad de la redención, que se realiza en Cristo Jesús" (*Redemptor hominis*, 10).

*Vuestras vidas consagradas a Cristo por medio de los consejos evangélicos pueden elevar las conciencias y los corazones de nuestra generación hacia el único que es Santo, el único que es el Hacedor y el Salvador de todo. Siendo alegres mensajeros de la verdad, servidores generosos de los necesitados y hombres de oración animados por una profunda confianza en el Señor, vosotros eleváis la mirada de los hombres y mujeres de nuestro tiempo. Hacéis que sus ojos se eleven con esperanza. Les ayudáis a descubrir que es realmente posible "correr por las alturas" (cf. *Hab* 3, 19), entrar en comunión de amor con Dios y conversar con El.*

Quiero dirigir un mensaje especial a los sacerdotes aquí presentes, tanto diocesanos como

religiosos. El corazón del ministerio sacerdotal es proclamar el Evangelio de nuestro Señor Jesucristo, una proclamación que alcanza su culmen y su meta en la celebración de la Eucaristía. Estando comprometidos en esta misión vital de la Iglesia, os pido que prestéis una particular atención a un punto que recogí en mi reciente Encíclica: "La Iglesia vive una vida auténtica, cuando profesa y proclama la misericordia, el atributo más estupendo del Creador y del Redentor" (*Dives in misericordia*, 13).

Que cada una de vuestras palabras y vuestras acciones sean *un testimonio elocuente de nuestro Dios que es rico en misericordia*. Que vuestros sermones inspiren esperanza en la misericordia del Redentor. Que el modo en que celebréis el sacramento de la penitencia ayude a todos a experimentar de modo único el amor misericordioso de Dios, que es más fuerte que el pecado. Y que vuestra bondad personal y amor pastoral ayuden a todos aquellos que se encuentren con vosotros, a descubrir al Padre misericordioso, que está siempre dispuesto a perdonar.

Que también, mis hermanos sacerdotes, estéis siempre unidos entre vosotros y con vuestros obispos. Como Ignacio de Antioquía escribió a Policarpo: "Que la unidad, el mayor de todos los bienes, sea objeto de tu preocupación". *La unidad dentro del presbiterio* no es algo que carezca de importancia para nuestra vida y servicio sacerdotales. Al contrario, se trata de una *parte integrante de la predicación del Evangelio*, y simboliza la auténtica finalidad de nuestro ministerio: realizar la unidad con la Santísima Trinidad y fomentar la hermandad entre todos los pueblos. Por esto, el mismo celo que nos impulsa a servir a nuestro pueblo, ha de inspirarnos también para estar unidos entre nosotros. Recordad cómo el deseo de unidad de Jesús le llevó a orar en la última Cena: "Para que todos sean uno, como tú, Padre, estás en mí y yo en ti, para que también ellos sean en nosotros y el mundo crea que tú me has enviado" (*Jn 17, 21*).

Por tanto os exhorto con las palabras de San Pablo: "Amaos los unos a los otros con amor fraternal" (*Rom 12, 10*). Que en medio de vuestras tareas pastorales encontréis ocasiones para orar juntos, para ofrecer unos a otros hospitalidad, para animaros unos a otros en el trabajo del Señor. Tened una particular preocupación por aquellos hermanos vuestros que se encuentran solos, enfermos o aplastados bajo el peso de la vida. Como "colaboradores en la verdad" (cf. *3 Jn 8*), ayudad a vuestros hermanos los sacerdotes en esta gran tarea nuestra: la proclamación del amor misericordioso de Dios que se ha hecho visible en Cristo Jesús, nuestro Señor.

4. Al expresar mi amor y mi aprecio por todos los sacerdotes y hermanos presentes aquí, quiero añadir un saludo como expresión de mi particular aprecio por la contribución de los misioneros a la Iglesia en Japón. Gracias a la labor generosa de vuestros predecesores, la Iglesia se ha implantado en esta tierra, e incluso vuestro fiel ministerio continúa siendo un servicio efectivo a la causa del Evangelio. Estad seguros de que toda la Iglesia tiene en gran estima vuestra vocación misionera y la de todos los demás misioneros del mundo. Renovad en este día vuestra confianza en Jesucristo y vuestro compromiso en favor de la gloria de su santo nombre.

¡A todos los que os halláis reunidos en esta catedral os digo: "La gracia y la paz de parte de Dios, nuestro Padre, y del Señor Jesucristo" (*1 Cor* 1, 3).